

Lady Encanto

A D R I A N A H A R T W I G



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Hartwig, Adriana
Lady encanto, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2016.
416 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-54-7

1. Narrativa. 2. Narrativa histórica. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-54-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2016 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos, ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

A mis lectores.

PRÓLOGO

Castillo de Windsor, Berkshire, Inglaterra, 1824.

UNA SOMBRA SE DESLIZÓ BAJO LA AZULADA PENUMBRA DEL pasillo y se detuvo un instante junto a las escaleras que conducían a la biblioteca.

Alguien había recorrido los elegantes cortinados color damasco de las ventanas antes del amanecer mientras la luna todavía iluminaba gran parte de los campos aledaños a la residencia real. A través de los amplios ventanales de madera y hierro forjado del ala este del castillo se podían divisar los oscuros nubarrones que asediaban el horizonte. Un poco más allá, hacia el Sur, todavía era visible la miríada de estrellas que, quizás antes del alba, desaparecerían bajo la oscuridad que precede a una tormenta.

La sombra echó una rápida mirada a su alrededor, bajó las escaleras y empujó la puerta de la biblioteca rogando que sus goznes no chirriaran.

Lady Claudia Harlow sonrió con picardía, satisfecha. Había logrado burlar la vigilancia de su institutriz. Con aquella traviesa sonrisa todavía curvándole los labios, encendió una vela. El débil resplandor le iluminó el rostro, le abrigó la mirada y confirió reflejos cobrizos a sus cabellos castaños.

—Muy bien —murmuró. Claudia se volvió y observó la habitación para tratar de distinguir algo en la penumbra. Unas ro-

sas blancas adornaban el alféizar de la ventana, y la luz de la luna se reflejaba con suavidad sobre la lustrosa superficie del piano, y alumbraba las viejas partituras que alguien había olvidado guardar mientras el resto del mobiliario permanecía hundido en la oscuridad—. A darse prisa.

Claudia dejó la vela a un lado, sobre el escritorio, y se dirigió hacia uno de los estantes que cubrían las paredes en busca de un libro para leer. Sabía que el rey Jorge IV tenía una importante colección de novelas que —según los comentarios de su última amante, una excéntrica aristócrata londinense— solo podían resultar interesantes con una botella de whisky en la mano. La joven esperaba que esa mujer estuviera en lo cierto, porque necesitaba conciliar el sueño y la única forma de hacerlo, pensaba, era adentrándose en las páginas de un libro que difícilmente lograría suscitar algún interés en ella.

Claudia se estremeció cuando una ráfaga de viento se deslizó por debajo de la puerta y arrastró consigo el fresco de la noche. Restregó las manos contra los volantes que adornaban su bata; debajo solo tenía un delgado camión de seda y puntillas que, aunque era una prenda muy hermosa, elaborada a partir de los maravillosos diseños de una de las modistas más importantes de Londres, jamás lograría protegerla del frío invernal. Sintió las manos heladas, los pies insensibles, el aire gélido en las mejillas, y tiritó. Pensó que debía apresurarse si no deseaba terminar su visita a Windsor con una pulmonía.

Hizo un mohín y con un suspiro arrastró un banquillo que se encontraba junto a la ventana hasta la pared y se encaramó sobre él de puntillas. En vano intentó alcanzar uno de los libros encuadernados en piel de cabritilla del estante superior. Murmuró algo entre dientes, contrariada, estiró los dedos y rozó el lomo con la punta de las uñas. Casi alcanzaba su objetivo cuando de pronto la puerta de la biblioteca se abrió y Jorge IV franqueó el umbral, ajeno a su presencia.

—Jamás permitiré que los católicos accedan a cargos públicos —dijo y avanzó hacia el escritorio con tal expresión de fastidio,

que Claudia no se atrevió a revelar su presencia en el recinto—. Mis sentimientos respecto a este tema no han cambiado.

—Es obvio que no —dijo un caballero desde el pasillo junto al umbral de la puerta—. Sin embargo, su negativa a conceder unos pocos privilegios a los católicos romanos podría restarle popularidad.

Claudia casi perdió el equilibrio al reconocer en la voz a Sebastian Kelsey, conde de Leeds, y su corazón dio un salto en el pecho antes de comenzar a retumbarle con fuerza en los oídos.

—No entiendo por qué se insiste tanto en este tema. Tengo asuntos más importantes que resolver.

—Sin embargo, tendrá que prestar atención a esto, su majestad.

—Si hubiera sabido que esto sucedería...

—¿Qué hará al respecto?

—No lo sé —murmuró el rey, disgustado—. ¿Se quedará en Windsor un poco más? Podríamos analizar este asunto con más calma.

Claudia se aferró a la saliente de uno de los estantes y se inclinó hacia adelante con los ojos fijos en uno de los solteros más codiciados de Londres.

—No puedo quedarme, su majestad —dijo Sebastian en voz baja. Apoyó el hombro contra la jamba de la puerta y, por un instante, el suave fulgor de la vela iluminó sus ojos celestes, muy pálidos, destacó los rasgos fuertes y hermosos de su rostro y osciló sobre los pliegues de su corbata—. Mi madre está enferma. Me necesita en casa. Sabe que no puedo confiar en mi padre en estas circunstancias.

El rey examinó uno de sus documentos.

—Lamento mucho la enfermedad de lady Dankworth —muscitó—. La recuerdo con mucho afecto. Cuando fue presentada en la corte, la consideré una de las mujeres más hermosas de Gran Bretaña. Dígale de mi parte que espero su pronta recuperación. Me gustaría volver a verla en Windsor.

Sebastian esbozó una sonrisa.

—Se lo diré.

Jorge IV desvió la mirada hacia el conde, pensativo.

—¿Cuándo piensa marcharse? —preguntó.

—Si no me necesita, su majestad, espero partir en la mañana.

—¿Tan pronto? No sabía que las cosas estuvieran tan mal.

—Lo están.

—Entiendo. —El rey asintió y, luego, de pronto, curvó los labios, distraído—. Lady Claudia Harlow se sentirá muy decepcionada si se va. Creo que usted le gusta.

Ella sintió que el rostro se le encendía con todos los colores de la vergüenza. Clavó los ojos en el rostro del rey y presionó los dedos contra la repisa con tanta fuerza que sus uñas palidecieron. ¿Cómo el rey se había atrevido a hacer semejante comentario?

Sebastian torció las comisuras de los labios.

—Es solo una niña —murmuró.

Claudia frunció el ceño.

—¡Tiene diecisiete años! —El rey hizo un gesto con la mano—. No es una niña.

—Sí para mí.

En realidad no, pensó Claudia. En tres meses cumpliría dieciocho, y el abismo que los separaba se reduciría un poco. Y en diez años, pensó, eso no importaría.

—Por supuesto —dijo Jorge IV, jocoso—. A sus treinta ya está al borde de la tumba, muchacho. Me sorprende que todavía pueda tenerse en pie.

Sebastian esbozó una sonrisa.

—Cuando le pedí que me presentara a lady Claudia, no pensé que fuera tan joven —dijo con suavidad.

—En su lugar, no me preocuparía por ello. —Era evidente que el rey no pensaba discutir al respecto—. Le aseguro que ella no lo considera tan viejo.

—¿Está seguro, su majestad?

—Por supuesto. Ayer cuando se la presenté, parecía incapaz de apartar los ojos de usted.

Claudia se quedó muy quieta, casi sin respirar, y deseó poder mimetizarse con la penumbra y desaparecer para siempre entre las sombras. ¡Después de aquello, jamás podría volver a mirar al conde a la cara!

Sebastian curvó la boca en una sonrisa sin humor.

—Como dije, es solo una niña.

—Y, sin embargo, le gusta usted. —El rey dejó a un lado los papeles que había estado examinando—. Esa jovencita es insoponible, pero también muy lista. Si no la conociera, diría que es hasta calculadora.

—¿Por qué lo dice?

—Lady Claudia Harlow es una buena amiga de mi sobrina, ¿puede creerlo? Se encariñó con ella en Bath, poco después de encontrarse con su familia allá, y no tardó ni dos días en tomarle afecto.

—Entiendo.

—Me alegro que alguien lo entienda, porque para mí sigue siendo un misterio cómo mi sobrina ha llegado a encariñarse con esa chiquilla. Por supuesto, conocía a la condesa de Roseberry, la madre de lady Claudia, pero nunca antes había visto a la hija. Por lo general, mi sobrina se mantiene alejada de los vástagos de las amistades de su madre, pero con lady Claudia hizo una excepción. La adora, aunque jamás comprenderé por qué. Es una jovencita tan... presuntuosa.

—¿Está seguro?

—Sí —respondió el rey, pensativo—. Conozco a esa cría consentida desde que cumplió catorce años. Créame: es vanidosa e insoponible. Y le puedo asegurar que está deslumbrada con usted.

—¿Le parece?

—Sí. Sin embargo, está bajo mi responsabilidad mientras esté aquí. Entiendo que para usted no tiene ningún interés, pero ella es muy testaruda. Si le gusta usted, y creo que sí, lo perseguiré como un perro a su presa. Si decide postergar su regreso a casa, no dude en acudir a mí si ella insiste en pegársele como una lapa. Intentaré quitarla de su camino.

Sebastian ocultó una sonrisa.

—Le agradezco su gentileza, su majestad.

—Es en serio: manténgala lejos de usted o ella encontrará la manera de meterlo en problemas —advirtió el rey sin mirarlo—. Así como la ve, es una mujercita muy astuta. Prácticamente tiene a toda la sociedad en un puño.

—Creo que exagera...

—¡Usted no la conoce! Sé que puede parecer encantadora cuando quiere, pero le aseguro que es un grano en el culo. Le repito: avíseme si se convierte en un fastidio. Hablaré con ella.

Claudia apretó los labios, disgustada.

Sebastian alzó una ceja en un gesto sardónico.

—Sé que la llaman “lady Encanto” —dijo—. Lo comentó durante la cena. ¿Cómo podría ser un fastidio?

Jorge IV sonrió.

—Lo es, créame —dijo—. Está muy orgullosa de haberse ganado el título de “lady Encanto” siendo tan joven aún. Sin embargo, para mí no es más que una chiquilla mimada. A veces creo que su padre debería sentarla sobre las rodillas y darle una buena azotaina.

—Su majestad...

—Lamento no haber podido acudir en su auxilio cuando lady Claudia decidió sentarse a su lado y torturarlo toda la noche con su incesante parloteo —continuó el rey con cierto humor—. Mi sobrina insistió en que la dejara impresionarlo.

Claudia cerró los ojos un instante: se sintió avergonzada. El estante comenzó a temblar bajo la presión de sus dedos. Sintió el ardor de las lágrimas en los ojos y apretó los labios. ¡Jamás, jamás podría enfrentar al conde otra vez!

Sebastian torció la boca a un lado en una lenta sonrisa sin hacer comentarios, y el rey meneó la cabeza.

—Yo en su lugar habría terminado estrangulándola —concluyó.

Claudia se sonrojó hasta la raíz de los cabellos al pensar en cuánto había parloteado durante toda la comida mientras Sebastian la escuchaba en silencio con sus ojos intensos fijos en ella. Recor-

dó haberle hablado de caballos, viajes y de las propiedades de su familia, ¡e incluso de su creciente colección de zapatos, por Dios! Después, mientras los comensales probaban la sopa, pasó a enumerar sus obligaciones como la regente más joven en la historia de Almack's, ¡sí, Almack's! Mientras remarcaba que su juventud no era un obstáculo para ser la niña mimada de la nobleza. Le conversó sobre las fiestas que había ayudado a organizar, e hizo especial hincapié en que la moda inglesa seguía los dictados de sus caprichos, al igual que gran parte del *beau monde*. Y, finalmente, recordó, había concluido por confiarle que era uno de los pilares morales de la sociedad londinense, cosa que la enorgullecía, y que nadie jamás se atrevería a cuestionar ninguna de sus decisiones... ¡Y todo eso solo durante el primer plato!

¡Dios mío! ¿Cómo no había notado su incomodidad?

Sebastian sonrió con suavidad.

—Es una chiquilla frívola y vanidosa —dijo—. Pero no es mala.

—No, en realidad no. —Jorge apagó la vela. Qué extraño. No tenía por costumbre dejar las luces encendidas al concluir con sus obligaciones—. Solo insoportable.

Claudia experimentó un ramalazo de furia. ¿Cómo se atrevía?, pensó, y se inclinó hacia adelante. De pronto, la madera crujió bajo sus dedos, se combó y, para su horror, toda la estantería se precipitó hacia el suelo con gran estrépito. Varios libros se estrellaron contra el piso con tanta fuerza que se deshojaron.

—Ay, Dios —murmuró.

El rey se volvió y observó el desastre. Luego alzó la vista y clavó en ella su mirada.

—¡Usted! —rugió.

—Lo siento.

Sebastian alzó una ceja.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, solícito. Sus ojos, intensos y acerados, ardían con suavidad en las sombras.

Claudia asintió sin atreverse a mirarlo, y tomó entre sus dedos los pliegues de la bata para disponerse a bajar del banquillo.

El rey encendió la lámpara.

—¡Esto es una vergüenza!

—Lo lamento mucho —dijo ella, presurosa. Se sonrojó cuando debió mostrar los tobillos al descender entre los libros cuya destrucción había provocado—. No era mi intención que esto sucediera. Pagaré el arreglo de los libros, por supuesto. Sé de alguien que puede volver a encuadernarlos por unos pocos peniques y, en cuanto al estante, bueno, ¿no era muy viejo para soportar tanto peso?

El rey la miró, incrédulo.

—¿No? Ah, no, supongo que no —continuó Claudia ante el silencio de su majestad e intentó una sonrisa—. ¿Puedo sugerir que llame a un carpintero a primera hora de la mañana? Correré con todos los gastos. De hecho, insistiré en ello. Incluso podríamos agregar dos estantes más. Su majestad tiene muchos libros.

Sebastian curvó las comisuras de los labios.

—Es una idea excelente —dijo con lentitud—. ¿Puedo sugerir tres estantes en lugar de dos? Sé que hay más libros detrás del escritorio a la espera de encontrar un lugar en la pared.

Claudia no lo miró.

—Lo pensaré —dijo con frialdad.

El rey apretó los dientes.

—¡Lady Claudia Harlow! —vociferó, incapaz de contenerse—. ¡Sabe que no puede entrar en la biblioteca sin mi permiso, y mucho menos a estas horas de la noche!

—Lo siento.

—¡Sentirlo no es suficiente, niña!

—¿Quiere mi sangre?

Sebastian ocultó una sonrisa.

—¡Yo no me estoy riendo! —Jorge estaba furioso—. Esto es muy serio. ¿Qué cree que dirá su padre al saber que ha estado escuchando a escondidas una conversación ajena?

—No era mi intención...

—¡Debió hacerse notar!

Claudia elevó el mentón, desafiante.

—¿Por qué? —preguntó, rabiosa y avergonzada—. Jamás había escuchado nada tan interesante como lo hablado aquí esta noche.

—Lady Claudia...

—No sabía que me considerara tan desagradable, su majestad.

—¡Vaya a su habitación! Hablaré con usted mañana.

—No lo creo. —La joven fue hasta la puerta con la espalda tiesa como una vara—. Tendrá que despedirme de su sobrina. Deseo regresar a mi casa de inmediato.

El rey entrecerró los ojos.

—Será un placer ordenar que arreglen su equipaje —dijo casi escupiéndolo las palabras.

Ella se detuvo en el umbral y lo miró por encima del hombro.

—Estoy de acuerdo con usted, su majestad —agregó para recurrir a la fría formalidad que utilizaba para tratar con toda persona que no le resultara agradable—. Sin embargo, creo que debe moderar el tono al dirigirse a mí. ¿Debo recordarle que usted conserva varias de sus propiedades solo porque mi padre pagó la mayoría de sus deudas antes de que el Parlamento supiera de ellas?

—¡Pequeña sabandija!

—¡Su majestad! —Sebastian endureció la expresión—. Contrólese.

—Pero...

Claudia clavó en el rey sus ojos serenos.

—Puede enviarme una nota con sus disculpas a mi casa en Londres —dijo y se volvió hacia el conde—. Sé lo que usted piensa de mí. Le pediría sus disculpas también, pero dudo de que un hombre capaz de llamar “vanidosa” y “frívola” a una dama a la que apenas conoce sea capaz de disculparse adecuadamente.

El rey apretó los labios, furioso.

—¡Lady Claudia Harlow! —gruñó—. Es suficiente.

—Usted cálese.

El rey la miró. Claudia lo ignoró y fijó sus ojos en Sebastian. Intentó encontrar en su mirada un atisbo de arrepentimiento, pero

solo halló frialdad y algo más, una emoción que desapareció al instante antes de que ella pudiera definirla.

—Usted —concluyó con suavidad— se arrepentirá de haberme ofendido.